

tud llegó hasta el trono de la Divinidad y mereció este bien infinito. Vino a ser la madre, la señora y el trono de la divina Sabiduría.

204. 1º. María es su dignísima Madre, porque la encarnó en su seno y la dio a luz al mundo como fruto de sus entrañas: Y bendito es el fruto de tu vientre (Lc 1, 42), Jesús. Así, en todo lugar donde esté Jesús, en el cielo, en la tierra, en nuestros sagrarios o en nuestros corazones, se puede afirmar con toda verdad que es el fruto y el producto de María, que sólo María es el árbol de vida y que Jesús es su único fruto.

Por consiguiente, quien desee poseer este fruto admirable en su corazón, debe poseer el árbol que lo produce: Quien quiera tener a Jesús, debe tener a María.

205. 2º. María es la Señora de la divina Sabiduría: no que sea superior a esta divina Sabiduría, verdadero Dios, ni que sea igual a Ella -fuera blasfemia el pensado y el decirlo-, sino porque Dios Hijo, la Sabiduría eterna, con haberse sometido en todo a María, como a su Madre, le ha otorgado sobre sí mismo un poder maternal y natural del todo incomprensible, no sólo durante su vida mortal, sino incluso en el cielo, ya que la gloria no destruye la naturaleza, sino que la perfecciona. En virtud de lo cual, Jesús en el cielo es, más que nunca, Hijo de María, y María, Madre de Jesús. En este sentido, María tiene autoridad sobre él, y él, en cierto modo, le está sumiso, porque así lo ha querido; es decir, que María, por su poderosa oración y gracias a su divina maternidad, obtiene de Jesús todo cuanto quiere, lo da a quien quiere y le engendra todos los días en las almas que ella quiere.

206. ¡Oh cuán dichosa es el alma que ha logrado el favor de María! Puede tener la seguridad de poseer muy pronto la Sabiduría, pues como ésta ama a los que la aman, les comunica a manos llenas sus dones, especialmente el bien infinito que encierra todos los demás, Jesús, fruto de su vientre.

207. Si con toda verdad podemos decir que María es, en cierto sentido, la señora de la Sabiduría, ¿qué debemos pensar de su poder sobre las gracias y dones de Dios y de la libertad que goza para distribuidas a quien le plazca? Al decir de los Santos Padres, María es el océano inmenso de las grandezas de Dios, el depósito de todos sus bienes, el tesoro inagotable del Señor y la tesorera y dispensadora de todos sus dones. Es voluntad de Dios que, después que le ha dado su propio Hijo, lo recibamos todo de su mano y no descienda a la tierra don celestial alguno que no pase por ella como por un canal. Todo lo hemos recibido de su plenitud, y si se halla en nosotros alguna gracia, alguna esperanza de salvación

(San Bernardo, De aquaeductu: In nativitate V. Mariae (ML 183, 441)),

es un don de Dios que viene por ella. Tan dueña es María de los bienes de Dios, que da a quien quiere, cuanto quiere, cuando quiere y como quiere todas las gracias de Dios, todas las virtudes de Jesucristo y todos los dones del Espíritu Santo, todos los bienes de la naturaleza, de la gracia y de la gloria.

Así opinan y lo declaran los Santos Padres, cuyos textos latinos no transcribo para abreviar

(En La verdadera devoción, n. 26, remite Montfort a los testimonios recogidos por el P. Poiré en su Triple Corona de la Santísima Virgen. Hoy se hallarán más numerosos y más críticamente escogidos, v. gr., en el P. Pablo Villada, Por la definición dogmática de la mediación universal..., 2.ª ed. (Madrid 1917), y en cualquier Mariología: Alastuey, Bover, García Garcés...).

Pero, cualesquiera que sean los dones de esta soberana y amable Princesa, no se da por satisfecha hasta habernos dado la Sabiduría encarnada, su hijo Jesús, y está siempre ocupada buscando almas dignas de la Sabiduría, a fin de comunicársela.

208. 3º. María es también el trono real de la Sabiduría eterna. En ella muestra la Sabiduría sus grandezas, exhibe sus tesoros y pone sus delicias; y no existe otro lugar en el cielo ni en la tierra donde la Sabiduría eterna derroche tanta magnificencia y se complazca tanto como en la incomparable María. Por esta razón, los Santos Padres la llaman santuario de la Divinidad, descanso y satisfacción de la Trinidad Santísima, trono de Dios, ciudad de Dios, altar y templo de Dios, mundo y paraíso de Dios. Todos estos epítetos y alabanzas son muy verdaderos en relación con las grandes maravillas que el Altísimo ha obrado en María.

209. Sólo, pues, por María se puede obtener la sabiduría.

Pero si se nos otorga un don tan grande como este de la Sabiduría, ¿dónde lo colocaremos? ¿Qué casa, qué sitio, qué trono ofreceremos a esta Princesa tan pura y resplandeciente, ante la cual los rayos del sol no son sino fango y tinieblas? Tal vez se me responda que sólo pide nuestro corazón, que se lo hemos de dar y que en él conviene colocarla.

210. Mas ¿ignoramos acaso que nuestro corazón está manchado, es impuro, carnal y lleno de toda clase de pasiones, y que, por tanto, es indigno de albergar a una moradora tan santa y tan noble, y que aun cuando tuviéramos cien mil corazones como el nuestro y se los ofreciéramos para formar con ellos un trono, con toda justicia ella despreciaría nuestros ofrecimientos, se haría sorda a nuestra solicitud e incluso nos acusaría de temeridad e insolencia por pretender alojar a Su Majestad en lugar tan infecto e indigno?

211. ¿Qué hacer, pues, para transformar nuestro corazón en morada digna de la Sabiduría?

He aquí el gran consejo, he aquí el secreto admirable: Introduzcamos, por decirlo así, a María en nuestra casa, consagrándonos a ella sin reserva alguna, en calidad de siervos y esclavos suyos. Desprendámonos entre sus manos, y en honor suyo, de cuanto más amamos, no reservándonos nada; y esta buena Señora, que jamás se ha dejado vencer en generosidad, se dará a nosotros, de manera incomprensible, pero verdadera, y la Sabiduría eterna vendrá a morar en ella como en su resplandeciente trono.

212. 4º. María es imán sagrado que en cualquier lugar